



José Luis Álvarez

La voluntad política de CiU

Tres son los ingredientes de la política exitosa.

El primero es el capital político: recursos propios por los que otros actores están dispuestos a hacer o dar algo a cambio para conseguirlos. Por ejemplo, nada le gustaría más a Rajoy que contar con los votos de CiU en el Congreso para legitimar sus medidas económicas más allá de su mayoría absoluta. Los escaños de CiU son capital político. Por ellos, si tuviera presupuesto, Rajoy estaría dispuesto a dar todo lo que le pidió Duran en la investidura. Pero este capital de CiU tiene una restricción: Rajoy no puede entrar en intercambio con CiU bajo apariencia de presión, por las elecciones andaluzas. Tiene el capital político de CiU en España un valor fluctuante con las circunstancias.

Más estable, sin parangón, es el capital político de CiU en Catalunya. La federación ha sobrevivido el siempre peligroso tránsito de legitimidad de un liderazgo carismático (Pujol) a uno burocrático (Mas), y la travesía del desierto de dos legislaturas sin poder. Incluso, en la oposición, su discurso político, el catalanismo, continuó siendo hegemónico. Sus electores le votan disciplinadamente: no sufre oscilaciones electorales como las de ERC o PSC. Y, hasta hora, nunca ha perdido la reputación de partido que sabe gobernar. El capital político de CiU en Catalunya se origina en su arraigo, como no disfruta ningún otro partido en el Estado, en un grupo social concreto: las clases medias y altas de origen no inmigrante. CiU no es una fuerza artificial, es orgánica. Sin embargo, lo que le da la fuerza al mismo tiempo la limita: el catalanismo no ha logrado superar el techo de alrededor de un tercio del electorado, el que corresponde a la demografía de esas clases, no ha incorporado al proyecto nacionalista a las clases trabajadoras (ERC ha fracasado como flanco de izquierdas del catalanismo).

El segundo ingrediente es una estrategia clara de inversión de ese capital político. CiU ha tenido hasta ahora dos estrategias básicas. La primera, la de Pujol, la in-

cremental, la que progresaba por *corredores de indiferencia*: líneas de avance de menor resistencia, la que consiguió objetivos en el corto y medio plazo sin disminuir las opciones y flexibilidad a largo. Era una estrategia realista: se gastaba poco capital político porque poco se tenía. La de Pujol fue una estrategia de fricción mínima con Madrid. Y aunque ahora, desde la angustia de la crisis tanto se critique y autocrítique, mucho se consiguió. Largos años dorados que nunca volverán.

La segunda estrategia, ya con Mas como líder de CiU, fue la que podríamos llamar de *Zapatero*, su detonante: CiU, a

través de barroquismos jurídicos fracasó.

A CiU ya sólo le queda la estrategia más arriesgada, ir de frente, la fricción abierta con el Estado, y esta requiere cantidades importantes del tercero de los ingredientes imprescindibles para el éxito, la voluntad política: la persecución sostenida en el tiempo de un objetivo hasta su consecución, incluso a costa de conflicto, atrición, y pérdidas de capital político. Hasta ahora, CiU ha evitado el conflicto con el Estado, ha evitado rupturas sustanciales. Se ha limitado a requiebros verbales. Nunca ha desplegado al máximo su voluntad política. Nunca se ha arriesgado a sí misma.

Difícilmente va a encontrar CiU mejor oportunidad para aplicar su voluntad política que el pacto fiscal. Con independencia de méritos sustantivos, tiene ventajas claras de proceso. Es binario: se consigue o no. Parece que se entiende, no como la barroca propuesta de financiación del PSC que tantas explicación precisa (Felipe González dijo una vez que en política quien tiene que explicar pierde). Genera un sentido intuitivo de justicia. Satisface cierta necesidad de protagonismo histórico, ya que reforma la Constitución. Y solventa el agravio comparativo que Freud denominaría *envidia de vasconavarro*.

El tiempo corre en contra. La crisis devora gobiernos y CiU no es una excepción: empieza a cometer fallos inusuales en un partido tan profesional, tanto políticos (no supo intuir a Rajoy en la investidura) como administrativos (pagos de la Generalitat). Y para evitar el deterioro de capital político está sobreexplotando el déficit fiscal como alibi de toda medida impopular, arriesgando la banalización del catalanismo, que a este le acabe sucediendo lo que a la pasión en un famoso bolero: "Se nos gastó el amor de tanto usarlo".

De los tres ingredientes comentados, CiU retiene, por un tiempo, el capital político interno, está desorientada estratégicamente, y nunca ha usado toda su voluntad de acción. Este último es, por tanto, clave. Si no consigue el pacto fiscal, no será culpa del Estado central (este cumplirá con su obligación desde su perspectiva: resistirse), y entonces la pregunta será ¿para qué sirve CiU?●



ÓSCAR ASTROMUJOFF

rebufo de la indiferencia por el rigor jurídico del entonces presidente español, intentó introducir de matute, a través del Estatut, una reforma unilateral, de facto, sin decirlo abiertamente, de la Constitución. El recurso del PP desbarató esta estrategia huidiza. A CiU le cuesta asumir la importancia que tiene para Rajoy, registrador de la Propiedad, para Sáenz de Santamaría y Gospedal, abogadas del Estado, y para Gallardón, fiscal, la robustez de la arquitectura jurídica. Pero su estrategia de conseguir el bilateralismo a